

NÚM. XIX

CRISTÓBAL COLON

(1441-1506.)

Duraba aun el invierno de 1491, y la populosa metrópoli de Andalucía, que ocho meses antes había ofrecido un continuo espectáculo de bailes, torneos y luminarias, suspendió de repente los gritos de victoria, y los cantos de alegría; de todos lados acudían nuevas tropas, los *caballeros de conquista* dejaban sus lujosos vestidos de fiesta; armas y municiones de guerra se amontonaban sobre los carros; en una palabra, se hubiera dicho que Sevilla estaba convertida en un campamento, pues Fernando é Isabel se preparaban á emprender el último sitio de Granada.

Un hombre, que pocos conocían, seguía en aquel tiempo á la corte; el cual, mezclado entre la multitud de importunos pretendientes, alimentaba su imaginación, en un ángulo de la antecámara, con el pomposo plan de descubrir un mundo. Triste y abstraído en medio del regocijo público, miraba indiferente y casi con desprecio la conclusión de una conquista que colmaba de esperanza á los demas corazones. (MARIANA.) Llamábanle *Cristóbal Colon*, y decía que había nacido en Génova (1), donde su padre vivía de cardar lana, casi en estado de indigencia, á pesar de los débiles socorros que le enviaban de tiempo en tiempo sus tres hijos Bartolomé, Diego, y en especial Cristóbal, el mayor.

Se presentó en España por primera vez á fines de 1484. Yendo á pié, acompañado de un mancebo, detúvose un día á la puerta del convento de Santa María de la Rábida, á média legua del puerto de Pálos en Andalucía, y pidió un pedazo de pan y un vaso de agua para su hijo (2). El portero le invitó á que descansase, y el prior

(1) Siendo yo nacido en Génova: testamento de Colon, escrito de su puño y letra.

Pondrémos entre comillas las palabras tomadas de los escritos del grande hombre.

(2) El cual (Colon) demandó á la portería que le diesen para aquel niño pan y agua que bebiese. Declaración del médico García Fernández.

Juan Pérez de Marchena, interesándole el aire de dignidad que contrastaba con el humilde vestido del desconocido, entró en conversacion con él y le suplicó que pasase la noche en el convento. Este hombre y aquel mancebo eran Cristóbal Colon y Diego, único hijo que había tenido de Doña Felipa Morico de Palestrello, hija de uno de los mas ilustres navegantes del reino de Portugal.

Aunque educado en un claustro, el prior era hombre que sabía; versado en la cosmografía del papa Pio, se había hecho con las primeras ediciones de Tolomeo y Estrabon, que la imprenta empezaba á esparcir por el mundo; y la proximidad del puerto de Pálos, nombrado entónces por sus intrépidos marineros, le había inspirado gusto á la navegacion. Colon, en pago de tan buena acogida, le refirió sus aventuras.

« Siendo aun muy jóven (empezó á decirle) » dejé la universidad de Pavia, donde una secreta inspiracion de la Providencia me guió » hácia el estudio de la geografía, de la astronomía y de la navegacion. » Hice rápidos progresos en la aritmética, en la geometría, en la escritura y en el dibujo (LAS CASAS), y á los catorce años serví de grumete en un buque genoves, que cruzaba el Adriático. Formé parte de la expedicion intentada en 1459 por Juan de Anjou, duque de Calabria, contra el reino de Nápoles, con una armada de galeotes genoveses. (MURATORI.) Al cumplir los veintiseis, fui enviado á Túnez por el rey Renato de Provenza, á quien Dios tenga en gloria, para apresar la galera *Ferdinandina*. Cuando llegué á la isla de San Pedro en Cerdeña supe que con la galera había dos buques y una carraca; lo cual de tal modo alarmó á mi gente que no querian seguir adelante, sino volver á Marsella en busca de otro buque y de mayor número de tropas. Para contenerlos, fingí acceder á su deseo, di vuelta á la brújula é hice fuerza de velas. Era por la noche; al alba nos encontramos á la altura de Cartagena, mientras que todos estaban

persuadidos de que navegábamos camino de Marsella (1).

» El golpe salió mal al duque de Anjou, y yo, convertido de guerrero en mercader, recorrí las islas de la Grecia, de la Jonia y del Asia Menor. « Vi á Chio, tan célebre por su almáciga, » y me dijeron cómo se recoge allí esta preciosa » goma (2). » Al fin volví á empuñar las armas con el famoso corsario Colombo, y el último viaje que hice en su compañía, decidió mi destino. Navegábamos con siete buques á lo largo de la costa de Portugal, cuando tuvimos aviso de que cuatro galeras venecianas volvían de Flándes llevando á su bordo un rico cargamento; las esperamos, pues, entre Lisboa y el Cabo de San Vicente. Conocéis, sin duda, los estatutos de la República de Venecia, segun los cuales los capitanes de sus galeras se obligaban á no rehusar jamas la batalla. La pelea fué reñida; se llegó al abordaje, combatiendo desde la mañana á la noche como leones, con gran pérdida por ambas partes. El buque que yo mandaba tenía empeñada la lucha con una enorme galera veneciana, y las granadas y la pólvora le prendieron fuego, sin que los maderos pudieran separarse, de modo que el incendio envolvió á entrambos. Los marineros, asustados, se arrojaron al agua; yo tomé un remo, y como soy buen nadador, llegué á la orilla, aunque á dos leguas de distancia. Dios, que me reservaba para otras pruebas, me dió vigor para resistir á la violencia de las olas.

» Magullado aun por los escollos, me dirigí á Lisboa, donde encontré á varios de mis compatriotas. Lisboa es el punto de reunion de todos los geógrafos y navegantes de nota, gozando allí de mucho crédito los hombres de mar atrevidos: en Lisboa, pues, me establecí. Reinaba entónces el príncipe Enrique, el cual, en sus expediciones contra los Moros, había adquirido preciosas noticias acerca del África, y le habían leído la relacion de Eudoxio de Cízico, que dió la vuelta al África con un buque fenicio que salió del Mar Rojo. — Yo tambien (dijo) quiero ir á las Indias por mar, quiero quitar á los Venecianos el comercio de las especias. — En vano le citamos al gran maestro de geografía Tolomeo, que prolonga las tierras africanas hasta el polo austral; en vano le opusieron esa supuesta barrera de fuego que la zona tórrida eleva entre las dos temperaturas: fijo en su idea, formó una reunion de personas de arrojo é inteligencia, y se puso en marcha. El Cielo sonrió á sus tentativas; el terrible Cabo Bojador fué doblado, se rasgó el velo de los trópicos; su gente desembarcó en las islas de Cabo Verde, y quizá llegara hasta Catay, si la muerte no lo hubiese arrebatado en 1474 (3).

(1) Esta anécdota que algunos niegan, la conservamos por cuenta de Fernando Colon, su hijo, el cual, en la *Historia del Almirante*, dice que no refiere sino aquello de que fué testigo ó que encontró en los papeles de su padre.

(2) Carta de Colon á los príncipes católicos.

(3) *Itinerarium portugallense*, 1508; Viaje de Alvise Cadamosto, etc.

» El amor me tenía encadenado en Lisboa. En una ceremonia religiosa me había Dios revelado en su templo á la compañera de mi vida, Felipa de Palestrello, madre de Diego, este niño, y de cuyo padre, cuando murió, heredé todos los papeles, mapas, diarios de viajes. Aunque la guerra con España había entibiado el ardor de los descubrimientos en el reinado de Alfonso, oja yo hablar cada día de las maravillas de la costa de África, nuevo alimento á mi pasión de la geografía. Blanco de todos mis deseos era ir á las Indias por mar: estudié, medité las obras de los filósofos y geógrafos antiguos, comparándolas con las de los grandes sabios y navegantes de la época actual. ¡Oh padre! el Espíritu Santo me iluminó, y me habló por boca de los profetas, inspirándome la ida á las Indias por el lado de Occidente, para atraer á la verdadera religion á los pueblos idólatras que habitan en la extremidad del Asia.

» Estaba en correspondencia con el célebre geógrafo de Florencia Pablo Toscanelli, y habiéndole comunicado mi idea, la aprobó y me envió un mapa del mundo, donde las Indias están situadas frente á España con Cipango y las innumerables islas que obedecen al gran kan. Esta idea me dominó hasta el punto de reproducirla en los mapas que dibujaba para ganar el sustento á mi familia. (LAS CASAS.) En mis largos viajes en las costas de Guinea y en las Azores, cuando me entregaba á meditar á orillas del Océano, la voz de las olas armonizaba con la secreta voz de mi alma para hablarme de esa nueva tierra. « En febrero » de 1477 navegué cien leguas mas allá de Tule, » cuya punta meridional dista 73 grados del » Ecuador, y está al Oeste del Occidente de » Tolomeo. » Aquel viaje que hizo vacilar mi fe en los geógrafos antiguos, y las voces que circulaban de una tierra desconocida de Occidente, confirmaron mi idea.

» Pero, ¿cómo aventurarse en medio del Océano, donde dicen no es respirable el aire? ¿Cómo romper las tinieblas de la naturaleza sin poder á cada instante determinar la posición en el globo? No teníamos entónces mas que la brújula para guiarnos. Dios tocó el corazon del rey de Portugal, Juan, y le inspiró el deseo de llevar la gloria de su santo nombre entre los infieles; y la famosa consulta de sabios, presidida por Rodrigo y el Judío Josef, médicos de cámara, nos valió la aplicacion del astrolabio á la navegacion. Si, reverendo padre; hoy, con ayuda de las tablas de declinacion diaria del sol, podemos determinar inmediatamente, en medio de la líquida llanura, la distancia á que nos hallamos del Ecuador.

» Había sonado la hora fijada por la Providencia para la manifestacion de mi designio. Solicitada y obtenida audiencia del rey Juan, le pedí buques para surcar el mar en derecha al Occidente y llegar á las Indias; le hablé de las inmensas riquezas de la isla de Cipango, de los palacios de oro del reino de Mangi, de

los innumerables pueblos que la luz del Evangelio iluminaria y que le llamarían su salvador y su monarca. Me oyó con atención, pero no se atrevió á resolverse, y encomendó el examen de mi proyecto á una comision de habilísimos cosmógrafos. Pero ¿lo creeríais? aquellos grandes sabios trataron mis ideas de extravagantes y quiméricas; mas el rey, inflamado por el amor de la gloria, se remitió á otra consulta de todas las personas mas instruidas de su reino. Alimentábame de buenas esperanzas; pero las pasiones de unos pocos sobrepujaron á la caridad cristiana, y se sacrificó la salvacion de tantos millares de almas á los sórdidos cálculos de los gastos que ocasionaria. Los cortesanos envenenaron mi existencia: pasé por impostor, por aventurero, hasta la perfidia y la cobardía se añadieron á estas maldades; tanto que el rey, demasiado crédulo respecto de sus perversos consejeros, me envió á pedir mis mapas y mis planos, mandando á otro en busca de la verdad que Dios me habia revelado. Pero el Señor no permitió que el demonio abriese de ese modo el camino á la obra de su santo Evangelio, y desencadenó los vientos contra el mensajero infiel, que volvió á Lisboa esparciendo sobre mí la befa y el escarnio.

«Pensad el efecto que produciria en mí semejante conducta. Dios habia llamado á sí á mi mujer, de manera que quedé solo en el mundo con mi Diego. En vano el rey quiso reanudar relaciones conmigo; pues irritado de aquella baja especulacion con mi secreto y mi gloria, sacudí el polvo de los pies en el umbral de su palacio y á últimos de 1484 dejé secretamente Lisboa. Génova, mi patria, demasiado pobre para tan grande expedicion, desechó como onerosas mis proposiciones, y entónces decidí dirigirme á la corte de España, cuyos monarcas están dotados de ferviente celo por la gloria de Dios, y Dios los recompensará dándoles tesoros y pueblos enteros que conducir al cielo.»

Las facciones del viajero respiraban tal nobleza y decoro, tanta conviccion de lo que decia, que el buen prior, iniciado de golpe en aquellas sublimes concepciones, creyó ver brillar el fuego divino en los ojos de su huésped mientras iba desarrollando su proyecto y refiriendo sus desgracias. Llamó á su amigo García Fernández, médico de Pálos, que pareció, lo mismo que el fraile, despertar á una vida nueva; y no contento Pérez con una fria é impotente aprobacion, quiso cooperar con todas sus fuerzas á la vasta empresa, y al efecto ofreció á Colon proporcionarle buena acogida en la corte, dándole una carta de, eficazísima recomendacion para Fernando de Talavera, confesor de la reina é íntimo amigo suyo.

Colon se detuvo algun tiempo en el convento, y pronto se formó entre él y el prior una estrecha amistad, con la que decia se consideraba honrado, aun despues que la fortuna le colocó en el apogeo de la grandeza. Diego quedó en la

Rábida, bajo la direccion de Pérez, mientras su padre, provisto de bendiciones y cartas de aquel buen monje, y lleno el corazon de sus grandiosos destinos, partió en enero de 1486 á Córdoba, precisamente cuando Fernando é Isabel se preparaban á invadir el reino de Granada.

El momento era poco á propósito, en verdad, para proponer descubrimientos, pues entónces no se respiraba mas que guerra; y Talavera apenas se dignó recibir á Colon, mirándole como un maniático en vez de apoyar sus proposiciones cerca de los soberanos. ¿Cómo habia de llamar la atencion aquel hombre, extranjero, sencillo en el modo de vestir, y sin mas recomendacion que la de un fraile francisco? No le creían, ni aun se dignaban oírle (1); pero aun así, supo hallar en su alma un mundo entero, y se ganó el sustento trazando y vendiendo mapas. Proporcionóse tambien algun amigo; pues cualquiera que se aproximaba á la esfera de actividad de este hombre eminente, se sentia atraído por ella; y no tardó en adquirirse poderosos protectores. Bastante le valió; pues la Inquisicion, que acababa de establecerse en España, podia hacerle pagar cara la sublime inspiracion de su genio. Alonso de Quintanilla, contador de hacienda, Luis de Santo Ángelo, recaudador eclesiástico en Aragon, el nuncio del papa y un hermano suyo, preceptor de los infantes de España, hasta el gran cardenal del reino González de Mendoza, aplaudieron sus designios y le alcanzaron una audiencia real. Fernando reunió en Salamanca un consejo de astrónomos y cosmógrafos para examinar la nueva doctrina; celebróse este consejo en un convento de Dominicos, donde Colon fué hospedado generosamente. Pero estando en lo mejor de las conferencias, la primavera de 1487 encendió la guerra, la campaña de Málaga comenzó, y todas las comisiones nombradas para examinar la propuesta fueron arrastradas por el torbellino de las armas. Los entendimientos no estaban aun maduros para comprenderle; y por otra parte, la reciente y cruel memoria de Lisboa le inducia á temer que tratase otro de arrebatarle la gloria; y así, al desarrollar sus proposiciones lo hacia con cautela, de modo que el consejo se declaró por último contra él (2).

Desde entónces no se separó de la corte: á menudo sus gastos de traslacion eran pagados por el real tesoro; pero los años pasaban tan llenos de estrepitosos acontecimientos políticos que no habia tiempo de atender á sus proposiciones: la toma de Málaga, la peste de Córdoba,

(1) OVIEDO, testigo ocular.

(2) « Los cosmógrafos, dice Fernando Colon, no le comprendian como era de desear, y el almirante, temiendo tratase de arrebatarle su gloria, como en Portugal, se explicaba con reserva. » Herrera en sus *Décadas*: « Don Cristóbal no desarrollaba toda su idea...; razon por la cual la relacion de la junta fué distinta de lo que se esperaba. »

la organizacion de las nuevas conquistas, ocuparon á España en los años de 1487 y 88. En este último el rey de Portugal trató nuevamente de reconciliarse con Colon, y le escribió instándole á que volviese á su corte; pero el ánimo del ilustre aventurero estaba ulcerado, y no quiso acceder. En la duda de que se tomasen ó no en consideracion las proposiciones, habia enviado en 1489 á Inglaterra á su hermano Bartolomé, para que explorase la voluntad de Enrique VII, el cual le contestó con buenas palabras (1). En el intermedio combatia en las filas de los Españoles contra los Moros de Granada, dando pruebas del señalado valor que asociaba á la doctrina y vasta inteligencia. (OVIEDO.)

Llegó el invierno de 1491, los Reyes Católicos se apresuraron á reunir todas sus fuerzas para dar el último golpe al reino de Granada. Colon tenia que trabajar mucho si queria que su proyecto fuese adoptado por la corte de España antes que la nueva estacion, abriendo otra vez la campaña, lo aplazase sabe Dios hasta cuándo. Talavera recibió entónces la orden de convocar los jueces y someterlo á examen, presentando luego á los príncipes la decision del nuevo consejo. En una de las salas del antiguo palacio de los reyes moros se sentaron todas las altas dignidades de la Iglesia y cuanto habia en el clero regular ó secular de insigne en las ciencias sagradas y profanas, con encargo de fallar sobre el mas hermoso descubrimiento del entendimiento humano. En medio de aquella venerable asamblea se presentó Colon. Nada manifestaba en él la conmocion del miedo; paso firme, porte noble y desembarazado, la chispa del genio en los ojos, el acento conveniente de su voz cautivó al auditorio, cuando saludando profundamente á los jueces, y recogiendo un instante para invocar la proteccion del Cielo, empezó de esta manera:

« ¡Ilustres señores y reverendísimos padres! En nombre de la Santísima Trinidad, Sus Magestades me han ordenado que someta á vuestra sabiduría un proyecto que me ha inspirado el Espíritu Santo mismo. Dios, por boca de su profeta, declaró que todas las naciones conocerán el Evangelio de Jesucristo, y que su poderosísima voz resonará en los últimos ámbitos de la tierra: *Et in finis orbis terrarum verbo eorum*. Sin embargo, una vasta region de la India, que confina con el Mar Atlántico, yace aun en las tinieblas de la idolatría, segun aseguran muchos viajeros modernos. Los tiempos están próximos á completarse. « El profeta Isafas da á entender claramente que de España debe partir la luz que brillará sobre esos pueblos, » y conducirá al trono del Altísimo naciones

has«ta aquí desconocidas (1). » Las islas del mar esperan al Señor, y toca á los buques de España presentar ante sus altares á los hijos de las tierras australes, junto con el oro y la plata de sus minas. « Me enim in sulce spectant, » et nave maris in principio; et adducam filios » tuos de longe, argentum et aurum eorum cum » eis. » Hace muchos años que los reyes de Portugal se esfuerzan en penetrar en aquellas distantes comarcas, y guiados por una antigua tradicion de los Fenicios, envian flotas con objeto de dar la vuelta á África por mar, y llegar pronto á las Indias. Hoy que el lujo se ha aumentado hasta el punto que las mujeres de simples artesanos visten trajes de seda guarnecidos de oro y piedras finas (2), quieren disputar á los Venecianos el monopolio de aquel rico comercio, trasladar Urmus á Lisboa (3), y convertir á esta última ciudad en el emporio de todos los productos de Oriente. Dios no ha coronado aun sus empresas, porque no están inspiradas por la gloria de su santo nombre.

« Nobles señores, hace cuarenta años que recorro los mares frecuentados por los hombres; hoy, abriéndome un nuevo camino, me propongo divulgar los misterios del Océano. « Jerusalem y el monte de Sion deben ser reconstruidos por mano de un cristiano; el emperador del Catai pidió alguno que le instruyese » en la fe cristiana: ¿quién se ofrecerá á desempeñar esta mision? Yo me ofrezco á trasladarle allí sano y salvo (4). » Pido á España buques para ir á las Indias por el lado de Occidente... (LAS CASAS.) »

Hasta aquí le habian escuchado en silencio; pero apenas pronunció la última frase, se levantó un murmullo general en la asamblea; un inquisidor arrugó las cejas como á la vista de un hereje; los teólogos le cortaron la palabra; astrónomos y cosmógrafos se miraron con estupor, diciendo: *¡Imposible!* Pero algunos Dominicos de Salamanca, que habian acogido bien á Colon, y principalmente Diego de la Doza (5), profesor de teología y preceptor del príncipe Don Juan, consiguieron restablecer la calma. Colon no se arredró por aquel primer movimiento, hallándose acostumbrado á ver rechazadas sus doctrinas; sintió, no obstante, que era preciso emplear todos los argumentos; y así, fiado en la fuerza de estos, desenrolló los mapas, tomó un globo y continuó con lisura: « Reverendos padres, yo considero la tierra

(1) Carta de Colon á los príncipes católicos. Tercer viaje.

(2) A fines del siglo xv el lujo del vestido en España y Portugal excedia á toda ponderacion, á consecuencia de la expulsion de los Moros. Las mujeres de la mas baja clase se confundian con las de mas alta alcurnia, y en vano las córtes de Palenzuela trataron de poner límite á aquel lujo que arruinaba las familias.

(3) Ormuz, en el Golfo Pérsico, era el depósito de todas las riquezas de Oriente. Véanse Marco Polo y Rubruquis.

(4) Carta de Colon ya citada. Las ideas son las mismas de Polo y Toscanelli.

(5) En una carta dice Colon, que Diego de la Doza fué la causa de que Sus Altezas posesyesen las Indias.

(1) En Hackluyt se encuentran señales de la residencia de Bartolomé en Inglaterra. Regaló á Enrique VII un mapa, y el historiador cita los versos que servian de dedicatoria:

Terrarum quicumque cupis feliciter oras
Noscere, cuncta decens docta pictura docebit...

como un globo; opinion sostenida hasta por Aristóteles, que la cree antiquísima, fundándola en que el cielo nos muestra á todos los países las mismas estrellas, observacion que hice en las costas de Guinea y bajo el clima polar de la última Tule. Del mismo modo que los Portugueses le dieron vuelta de Norte á Sur, extendiendo sus descubrimientos en la costa de África mas allá de cuanto conocia nuestro maestro Tolomeo, yo digo que se puede darle vuelta de Este á Oeste, yendo desde Cádiz por mar á las orillas del Catay. Aristoteles se inclinaba á creer que la India no está muy distante de las columnas de Hércules. Anneo Séneca, en las *Cuestiones naturales*, hablando de la tierra, dice: « ¿Qué distancia separa las costas de la Iberia de las playas de India? El espacio que puede atravesar en pocos dias una nave impelida por un viento favorable (1). » El Árabe Alfargan se mostraba tambien convencido de esta verdad, pues que, en la *Historia de la Astronomia*, sostiene que la tierra y el agua forman un globo.

» Con Tolomeo, yo divido el Ecuador en 360 grados; pero las relaciones de Ctesias y de Marco Polo nos obligan á retirar mas hácia atras la situacion de su Oriente; y las Azores, de que él no tenia noticia, pasan al Occidente el meridiano de las islas Afortunadas. La obra de Estrabon, la cosmografía de los Árabes, las relaciones de los viajeros modernos nos obligan á disminuir la primitiva extension de los grados; el mapa de mi amigo Toscanelli de Florencia coloca á mil leguas escasas de Lisboa la provincia de Mangi con todos sus palacios de oro, y las orillas sembradas de perlas y otras cosas admirables. Yendo al Catay, encontraria en el tránsito la célebre isla de Cipango (2) y quizá tambien la Antilla ó la Atlántida de Platon. Mil inciertas voces circulan entre los navegantes sobre la existencia de una vasta tierra al Occidente; los habitantes de las Canarias pretenden reconocerla en la famosa isla de San Brandon ó San Borondon, que la imaginacion les hace ver en las nubes. Es el sordo rumor que precede siempre en el mundo á un grande acontecimiento, y con que Dios se decide á anunciarlo. Este acontecimiento es la predicacion del Cristianismo entre los Indios, y el comercio directo de aquel país con España. Las mismas olas del Atlántico, que azotan la costa occidental de Europa, bañan tambien las playas de la India. Un piloto del rey de Portugal, Martín Vicente, encontró á cuatrocientas cincuenta leguas al Oeste del Cabo San Vicente un tronco de árbol, esculpido con una piedra cortante y empujado hasta allí por un viento occidental; mi cuñado vió en Puerto Santo (Azores) otro pedazo de madera igual; los habi-

(1) Averrões dice lo mismo.

(2) Es la isla de Nifon en el imperio del Japon, de la que habia hablado Marco Polo en términos vagos en su *Milbero*.

tantes de las Azores me enseñaron cañas de desmedido tamaño, que habian venido del Occidente, y que son como las que, segun Plinio, nacen en la India; por último, yo mismo he visto, entre las conchas de la isla de Flóres, enormes pinos amontonados por el viento de Poniente, y los cadáveres de dos hombres cuya fisonomía era distinta de las conocidas... »

Y continuó desarrollando su sistema; mas la ignorancia y el fanatismo ahogaron su voz, y uno de los mas fervientes teólogos tomó la palabra para expresar la opinion de sus compañeros.

« ¿Y qué? ¿Hay alguno que ose proponer á una junta de prelados la aprobacion de un proyecto que ofende la doctrina de la Iglesia Católica? Dios dijo: « Coloqué el cielo como una bóveda, lo he desplegado como una tienda, inclinándolo sobre la tierra. » ¡Atreverse en esta augusta asamblea á proclamar la existencia de los antipodas! Y eso cuando San Agustin, antorcha de nuestra fe, decide que la existencia de los antipodas se opone á nuestra creencia; porque pretender que hay tierras habitadas al otro lado del globo, sería como decir que hay naciones no descendientes de Adan, pues no hubiera podido pasar el Océano intermedio. Equivaldria á impugnar la Biblia, que declara expresamente que todos los hombres descienden del mismo padre. ¿Hay nada mas absurdo, exclama Firmiano Lactancio, que el creer existan personas con los pies opuestos á los nuestros? ¿personas que van con la cabeza vuelta hácia abajo y los pies en el aire? ¿que existe una parte del mundo donde todo está al revés, donde los árboles echan las ramas de arriba abajo, mientras llueve, nieva y ventea de abajo arriba? La idea de la redondez de la tierra fué el germen de esta fábula de los antipodas, porque los filósofos, una vez que se extravían, caminan de absurdo en absurdo, y para defender uno inventan otro nuevo. El santo cosmógrafo de Alejandría, el monje Cosma, apoyándose en el citado texto de la Biblia, demuestra que la tierra es cuadrada como el arca del Antiguo Testamento, que Dios elevó una inmensa muralla de diamante en medio del Océano, detras de la cual el sol, despues de haber recorrido la bóveda de los cielos, termina su carrera al Occidente, y da la vuelta al polo para empezar de nuevo por la mañana su carrera en el Oriente. Un poco antes de esta muralla hay una tierra inaccesible, donde no puede estampar su huella ningun humano pié. ¿É iríamos á tentar á Dios queriendo reconocerla? La proposicion que se ha sometido á nuestro exámen debe considerarse como herética. »

Á esta palabra sintió Colon helarse su sangre, se persignó, protestó de su ciega sumision á los dogmas de la fe, pero en vano buscó apoyo en un razonamiento sucinto, pues el último argumento de San Agustin prohibe toda discu-

SION: *Major est scripturæ auctoritas, quam omnium humani ingenii capacitas.*

Por fortuna, algunos versados en las ciencias admitian la figura esférica de la tierra. Estos le objetaron con Ciceron que « cuando hablamos de la zona templada austral y de sus habitantes, y de los que se llaman antipodas, debe entenderse siempre que no tenemos de ellos ningun conocimiento ni relacion, y que ignoramos si está ó no habitada; la línea que recorre el sol entre los dos trópicos es la única que nos hace creer en su existencia. Los antipodas son para nosotros como si no existiesen (1). Supuesto que, dice Plinio, de cinco zonas, las dos polares no producen sino hielo, y reinan allí eternas las tinieblas siendo solo el reflejo de las nieves lo que produce una claridad blanquecina, y la zona del medio está sin cesar abrasada por el sol el paso de una zona templada á otra es impracticable á causa del incendio del cielo constelado, de un extremo á otro del Ecuador. Por eso cuando los Portugueses, en el reinado de Enrique, pasaron el rio del Senegal, vieron con terror la especie humana presentarse bajo su nueva forma. Los hombres tenian la piel negra como el ébano, cabellos cortos y crespos, labios gruesos, nariz chata; allí el calor desfigura la naturaleza humana, mas lejos la destruye; así aquellos atrevidos navegantes retrocedieron. Si vos, navegando siempre hácia Poniente, no bajáis á esas abrasadas regiones, la circunferencia de la tierra es tan grande que no os bastarán tres años para dar la vuelta; ademas de que, á cierta distancia, la figura convexa os permitiría bajar, pero no subir. Por otra parte, ¿quién os asegura que el Océano tenga límites, y que no encontréis sus abismos poblados de monstruos? »

Al oír tales objeciones tomadas de la naturaleza de las cosas, Colon respiró, y contestó sonriéndose: « Los últimos descubrimientos de los Portugueses han echado por tierra esa antigua teoria de las zonas; yo mismo pasé mas allá del Ecuador, y bajo la zona tórrida hallé una tierra fértil, cuyos habitantes recogen oro en abundancia, gomas, marfil y otras producciones de un clima apacible, aunque cálido. Hace algunos años (1486) que Bartolomé Díaz se adelantó hasta 33 grados mas allá de la línea, y reconoció la extremidad del África, aquel formidable Cabo de las Tormentas, que el rey Juan, confiando en lo porvenir, tituló de Buena Esperanza. Y como, á pesar de la redondez de la tierra, puede atravesarse el inmenso espacio que separa á Tule del Cabo Negro, y como el mismo poder que hace andar por la superficie del globo á los Britanos y á los Negros de África, da tambien el uso de sus pies á los Indios, creo que al otro lado del mar que nos separa de la India, no

(1) La teoria de las zonas se debe á Parménides; los descubrimientos hechos entre los trópicos obligaron á reducir grado á grado la extension de la zona tórrida; Psidonio le supone 24 grados, Eratóstenes solo 16.

habrá Dios trastornado las leyes que ha impuesto á la naturaleza. »

Con la fuerza de este argumento ofendia Colon el orgullo de los doctores que le juzgaban, y aunque muchos, heridos por la nueva luz que esparcia en sus entendimientos, apoyaron al fin su teoria; sin embargo, la asamblea declaró que los dos hemisferios estaban separados para siempre; que era un exceso de presuncion en un hombre suponer que él solo poseia conocimientos superiores á los de todo el género humano, y que si las tierras que Colon se proponia descubrir existiesen en realidad, no hubieran permanecido ignoradas tanto tiempo. ¿Un piloto sin nombre, un Genoves, sería capaz de revelar un mundo desconocido durante sesenta siglos?

Fernando de Talavera trasmitió á los soberanos esta decision de la junta; pero los partidarios que Colon tenia en la corte, principalmente el digno fray Diego Doza, hablaron con calor por él, á fin de que no se mirase aquella como irrevocable; Fernando é Isabel se contentaron, pues, con responder que la guerra no permitía dar curso á su proposicion; pero que se la tomaria en consideracion despues de firmada la paz.

Durante quince años Colon habia soñado una gloria gigantesca, y creyó asirla en el momento que se presentó por último á la asamblea con tan ardientes votos implorada; pero los sabios de la nacion declaran que su pensamiento, el mas vasto que ha concebido nunca la mente humana, no es mas que una quimera, y le exponen al ridículo y á los sarcasmos de la ignorancia. Porque la decision de aquellos sabios se habia divulgado entre los cortesanos; entre el mismo pueblo la malignidad le indicaba con el nombre del aventurero genoves; y por exacto observador que fuese de los deberes y de las prácticas de la religion, los fanáticos le evitaban como un hereje destinado á un *auto de fe*; los chicos se tocaban la cabeza cuando le veían pasar por las calles, diciendo *!El loco, el loco!* de modo que Colon sintió un instante faltar la tierra bajo sus pies, y cayó en lóbrega desesperacion.

Pero los seres privilegiados cuya existencia dominan el corazon y la imaginacion, encuentran una fuerza divina en el fondo de su alma; basta una sonrisa de su amada para devolverles el vigor y asegurarles contra los desprecios del mundo entero; y su genio, oscurecido un momento, vuelve á levantar el vuelo, cubriendo de baldon á los tontos y á los ignorantes. Colon tenia en Córdoba una amante. Él era alto de estatura y bien formado; su porte noble y distinguido; la nariz aguileña y el rostro largo; el tinte vivo de la piel parecia indicar el ardor de su cerebro (1); su pelo, de color claro en la juventud, se habia encanecido ántes de tiempo en medio de las inquietudes de una

(1) *Itinerarium portugallense.*